

Martirio, memoria

pan



Servidor de los pobres

Enrique Angel Angelelli nació en Córdoba en 1923. Fue ordenado sacerdote en 1949 y se desempeñó como asesor de la Juventud Obrera Católica (JOC). Desde esos años mostró una predilección especial por los pobres. En 1961 fue designado Obispo Auxiliar de Córdoba y participó del Concilio Ecuménico Vaticano II (1962 - 1965), que fuera convocado por el Papa Juan XXIII. Los nuevos aires de la renovación conciliar ratificaron su opción por los más desposeídos y acrecentaron el compromiso en su defensa, lo que le valió la oposición del catolicismo tradicionalista de Córdoba. Pretendiendo alejarlo de un escenario conflictivo fue designado, en 1968, Obispo titular de la diócesis en la noroesteña provincia de La Rioja. La marginación social del pueblo riojano encontró en este Obispo la voz profética que denunció la injusticias y a los poderes establecidos que las provocaban sustentados en un sistema de explotación capitalista.

"Si la Iglesia quiere ser fiel al Evangelio, al Concilio Ecuménico Vaticano II, a Medellín, a San Miguel, hay que jugarse hasta las últimas consecuencias. Y Cristo nos da el ejemplo. No creo que el camino de El ha sido un camino de rosas. A El lo matan en nombre del orden establecido y de una tradición mal entendida", decía Mons. Angelelli. Esta convicción lo llevó a mantener una actitud consecuente de fidelidad en la opción por los pobres, soportando la calumnia, la difamación, el hostigamiento y la persecución hasta el martirio.

Pero la de Angelelli no era una actitud aislada. Se enmarcaba en las definiciones eclesiales de las décadas del 60 y del 70, que buena parte de los cristianos hicimos nuestras, acompañando los distintos procesos de lucha por la liberación tanto en Argentina como en otros países de Latinoamérica. Por eso tampoco fuimos una excepción cuando se desató la furia de la Doctrina de Seguridad Nacional que asoló nuestros pueblos, con su secuela de encarcelados, torturados,

y la mesa del compartido

1976-2000
24° Aniversario del
martirio de
Mons. Angelelli

desaparecidos y asesinados.

La memoria de los mártires

Hacer memoria de los mártires es una tradición en el cristianismo. Por tratarse de una vivencia, la fe no alcanza a entenderse desde la sola racionalidad. Se trata de una motivación existencial que abarca a toda la persona. Entra la subjetividad, con sus sentimientos y afectos.

La vida de los pueblos está llena de estas vivencias, que le dan sentido y racionalidad. Es la memoria de los pobres que se expresa en ritos, celebraciones, símbolos y otro tipo de exteriorizaciones que van más allá de las palabras. Así lo viven nuestras culturas originarias y también las culturas orientales, en las que el cristianismo enraíza su tradición.

La creencia de que la vida no termina con el hecho físico de la muerte, y que ha dado origen a diversas formas de trascendencia, parte en realidad de considerar la vida como un fenómeno que trasciende lo individual. Se trata de la vida vivida en relación con otros, integrada a una comunidad, a un pueblo, a una familia.

Por eso se trasciende la muerte y se revive en la memoria colectiva. Cuando los pueblos, y sobre todo los pobres de los pueblos, hacen memoria están actualizando hechos, gestos y palabras que en determinadas etapas de su historia han marcado su aspiración de mayor dignidad, libertad, justicia y solidaridad. La memoria colectiva viene así a cumplir la función de acicate en la tarea de seguir construyendo el camino hacia una sociedad que exprese las necesidades y aspiraciones del pueblo. En la memoria colectiva está el germen de las nuevas alternativas que necesita construir el pueblo para alcanzar sus deseos y sus sueños.

No es casual que la mayor riqueza en vivencia y contenido, el cristianismo la extraiga de sus primeros trescientos años de existencia, cuando debió soportar una prolongada persecución de los poderes establecidos, que se sentían cuestionados por el mensaje de fraternidad e igualdad al poner en tela de juicio el basamento de la sociedad esclavista de entonces. De igual manera podría rastrearse esta memoria popular en la tradición bíblica.

Hacer memoria no es una mera recordación. No se trata de un acto funerario para resaltar los méritos de un muer-

to, ni es necrofilia. Tampoco la memoria martirial tiene el sentido masoquista de exaltar el sacrificio, las persecuciones o los padecimientos.

En realidad el martirio en su sentido originario nos habla de la consecuencia en el testimonio de lo que se cree y por lo que se lucha en la vida. No se busca la muerte ni los sufrimientos, pero se los asume como consecuencia inevitable de una opción que se concreta en medio de una realidad de conflicto, que la mayoría de las veces es de vida o muerte.

El proyecto del pan compartido

Fue la suerte de Jesús, victimado por el poder establecido, al propugnar un proyecto de vida basado en la solidaridad. La convocatoria a reunirse en torno a la Mesa para compartir el Pan y beber la copa está inmersa en un escenario caracterizado por el conflicto que genera el egoísmo productor de las desigualdades sociales. "Hagan esto en memoria mía", es el mandato de Jesús en la casa donde se reúne con sus discípulos para celebrar la Pascua, antes de emprender el camino a Jerusalén, el centro del poder dominador, donde será crucificado. La memoria de Jesús se actualiza en el pan compartido y en la copa de la Nueva Alianza sellada con la sangre derramada.

No se trata de un mágico ritual. Al constatar las divisiones y desigualdades sociales en la comunidad, San Pablo advierte a quienes "comen el pan y beben de la copa indignamente", "...mientras uno pasa hambre y otro queda satisfecho"..."Hay entre ustedes muchos necesitados". (cfr. 1 Cor.11,17-33). Sentarse a la Mesa para compartir el Pan implica haberse constituido en constructores de la unidad y artífices del perdón en el seno de la comunidad. La fortaleza del Cuerpo -social, eclesial- para enfrentar los conflictos y transformar la sociedad, deriva de la conducta fraterna y solidaria. Allí se consolida la organización popular capaz de modificar la realidad, destruyendo al poder opresor y todo lo que niegue el derecho a la vida y "a la vida en abundancia".

Desde la vida en comunidad adquiere sentido la propuesta de la Mesa del Pan compartido, que resulta hoy -como ayer- de profunda raíz subversiva porque trastoca las bases del modelo de acumulación capitalista y exige una clara definición en la acción contra el endiosamiento del mer-

Monseñor Angelelli

cado.

Dice el biblista Sandro Gallazzi que el proyecto del PAN, la MESA y la CASA, como proyecto de Jesús que se expresa en la comunidad, la participación y la solidaridad, se contraponen al proyecto del SACRIFICIO, del ALTAR y del TEMPLO, que encarna el poder autoritario, imperial y excluyente. El mismo que condena a Jesús y luego perseguirá a los cristianos por no doblegarse ante él.

Cuando los primeros cristianos colocaban en la mesa una reliquia con la sangre de los mártires, lo hacían para reafirmar la vida del mártir actuando en el hoy de la comunidad. Era el desafío que debía asumirse colectivamente de no negociar ni traicionar la memoria de quienes ya habían cimentado el camino con su propia sangre. Y ello comprometía a todos a seguir en el camino de la lucha por la construcción de la sociedad fraterna y solidaria, donde "no había necesitados entre ellos" (Hechos de los Apóstoles, 4).

Por eso cuando nos convocamos hoy para celebrar el martirio, lo hacemos desde una perspectiva de resurrección. La misma que experimentaron los discípulos de Emaús, que al compartir el pan, reconocieron a Jesús resucitado (Lc.24,30). Es la vida de los mártires, vivientes en la memoria de la comunidad, que nos alimenta y fortalece para hacer frente a los nuevos desafíos que nos plantea esta salvaje realidad del "posajuste neoliberal", con su secuela de miseria para cada vez más amplios sectores sociales de nuestros pueblos.

El martirio de Monseñor Angelelli

La vida de Enrique Angelelli estuvo caracterizada por una profunda fe en lo que creía. Y ello explica su entrega sin límites. Pero ¿en qué creía Angelelli? Ciertamente que no se trataba de "verdades inmutables" abarcables en la mera racionalidad. Tampoco se restringía a un espiritualismo angelical y desencarnado. Nadie es perseguido por esto. Angelelli creía en el Evangelio, es decir en la "buena noticia" anunciada a los pobres para gestar su propia liberación. Sabía que era una exigencia evangélica procurar el pan, la salud, la educación y la vivienda a quienes por años les venían siendo negados los derechos elementales para una vida digna. La misma tarea y el mismo anuncio

que fue motivo de crucifixión para Jesús, cuando empezó a calar entre los pobres de su tiempo.

"Los que creen en la liberación de los pueblos a través del Evangelio -decía Angelelli- pueden acabar como Cristo. Pero están dando una lección. El ansia de liberación de un pueblo no es algo que los poderosos puedan llevarse en una bolsa. Yo creo en el hombre aunque el proceso es lento".

Angelelli creía en la fuerza de la comunidad, es decir en el protagonismo popular para realizar las transformaciones en el corazón de la persona y de la sociedad. Y cuando se aporta a transmitir esta "buena noticia", este "evangelio" se transforma en peligroso porque lo que se busca es subvertir el orden establecido, cambiar el sentido común por el buen sentido, como dice el teólogo Julio de Santa Ana. Por eso también la Iglesia en la que creía Angelelli no era la del poder establecido, la justificadora "religiosa" de la alienación y la explotación, sino en una iglesia servidora y misionera. Es decir, en una comunidad de creyentes capaz de hacer extensivo a todos un modelo de sociedad basado en la justicia y el amor.

La fe de Angelelli en este proyecto lo llevó a comprometer su vida en el empeño por hacerlo realidad. Cuando se trata de un proyecto que queda en palabras, puede resultar molesto, pero al no modificar la realidad, no representa peligro alguno. La persecución se inicia cuando se inicia el "hecho" subversivo, que en el caso de Angelelli puede ejemplificarse -entre otros hechos- cuando los campesinos y peones rurales se organizan en cooperativas y se movilizan en multitudinarias manifestaciones para obtener la reivindicación concreta de la tierra en la que trabajan. Allí es cuando los latifundistas inician la difamación, la calumnia, la agresión física hasta el crimen del 4 de agosto de 1976, en una invernal siesta riojana.

Los terratenientes no podían tolerar que "su" iglesia, la que durante años o siglos, contribuyó a mantener sus privilegios a costa de la explotación de los pobres, se constituyera ahora en la voz que advertía, desde el fundamento religioso, la conciencia de la dignidad y fuese el ámbito donde los pobres se organizaban para reclamar sus derechos.

Luis Miguel Baronetto

Centro Educativo Cristo Rey

En el 125° Aniversario de la Fundación de la CONGREGACIÓN del VERBO DIVINO

**Somos idealistas de la educación,
ya que Cristo nos envía y su Espíritu nos sostiene.**

Cura Brochero 753 • B° General Bustos • Tel. 0351-4712968 / Telefax 4728373